

HUGO FORNER

Hugo Forner siempre se había considerado un tipo con mucha suerte. De hecho, nunca pensaba en cosas negativas porque total, a él, nunca le pasaban. Tenía tanta suerte que nunca había tenido que dar más de dos vueltas a la manzana para encontrar un sitio para aparcar. A la vista está, que nunca se planteó la idea de morir y menos de morir estúpidamente. Lo de morir y no encontrar aparcamiento eso siempre les pasa a otros, pensaba Hugo.

Desde siempre Hugo había tenido todo lo que había querido y no por haber nacido en una familia rica, sino porque simplemente, todo, le había sido fácil.

Si hacía memoria, el peor día que podía recordar Hugo fue cuando a la edad de 7 años estuvo perdido en el parque casi 5 minutos. Fue angustiioso. Más, todavía, pensando que cuando somos pequeños, los minutos nos parecen horas y las horas días y los días nos parecen semanas y las semanas meses y los años... Bueno los años de pequeños nos parecen que duran 365 días por lo menos. Los niños en general lo pasan fatal los años bisiestos, esos son interminables, para un niño.

Hugo creció, no tuvo ningún problema en los estudios, siempre aprobaba con notables, cosa que esta muy bien pensando que apenas estudiaba. Bueno, ni apenas ni nada, Hugo no necesitaba estudiar.

Salió del instituto con las asignaturas aprobadas, con 18 años y con novia, Ariadna. Para más señas Ariadna Peña Garau, guapa, inteligente, simpática, rica y con un lunar en la rodilla derecha con forma de punto y aparte.

Hugo estudió filosofía, una carrera sin futuro, pero claro, él era Hugo Forner y el mismo año de terminar la carrera ya entró de profesor en un instituto que estaba a 4 pueblos de donde él vivía. Lástima que ese mismo año se muriera la abuela de Hugo, lástima que le dejase a Hugo la casa donde vivía, lástima porque Hugo hubiese querido vivir en otro barrio y se tuvo que conformar con la casa de su abuela, 110 m², terraza, trastero y piscina comunitaria. Lástima.

Hugo y Ariadna comenzaron su vida en común siendo felices. Y así pasaron los años, los hijos, las alegrías, las buenas noticias, los ascensos y las tristezas. ¡Un momento!; No! Las tristezas no aparecieron en esa casa ni por asomo.

Y así Hugo llegó a los 42 años, director de su instituto, y querido por todo el mundo, sus compañeros de trabajo incluidos. Tanto le apreciaban, que el mismo día de su cumpleaños le hicieron una fiesta sorpresa con pastel incluido. Hugo se alegró mucho, dio las gracias a todo el mundo y se dispuso a soplar las velas. Antes de que pudiera hacerlo una brisa sin ninguna maldad, que entró por la ventana, las apagó por él. Esa brisa no debería haber estado allí porque el cumpleaños de Hugo caía en invierno, concretamente el 15 de enero, y en invierno las ventanas están cerradas, pero que él recordase en los 42 cumpleaños que había celebrado siempre había hecho un día estupendo, un día soleado de esos que tienes que ir en manga corta aunque al día siguiente y el pasado, te abrigues hasta con la bufanda en la oficina.

La fiesta acabó y Hugo después de todos los besos, felicitaciones, agradecimientos y buen rollo en general, marchó a casa en su coche, un Volvo V70, limpio, seguro, eficaz y tal vez un poquito demasiado largo.

Llegó a su barrio, concretamente a su calle y se dispuso a aparcar en el primer sitio que viese.

Por su parte Ariadna le esperaba en casa junto con sus hijos, Juan, Kike y Laura y el resto de su familia más cercana, como padres, hermanos y abuelos maternos, para una segunda fiesta sorpresa.

Siempre llegaba puntual como un clavo, a las 19:00h, pero ese día no.

Ariadna empezó a impacientarse y los demás a preguntarle que porque tardaba tanto, y ella a responderles que si pensaban que era adivina. Lo llamaba al móvil y no lo cogía. Y así hasta las 20:08h en la que Hugo abrió la puerta de su casa y encontró la segunda fiesta sorpresa un poco desorganizada, con su mujer enganchada al teléfono llamándolo, su abuelo dormido en el sillón, sus hijos jugando en el piso de arriba y sus hermanos Rafa y Pablo discutiendo de fútbol, como siempre. Bueno, no siempre, a veces de política, a veces de economía y la mayoría de veces de quien merecía ganar Gran Hermano.

Hugo se disculpó, puso su móvil en modo sonoro y dio como excusa que no encontraba aparcamiento, algo increíble según él. Una vez reunidos todos y habiendo escuchado las explicaciones celebraron la fiesta y todo quedó como una anécdota para explicar en el futuro y reírse mucho.

Al día siguiente Hugo volvió a aparecer por su casa más tarde de lo habitual y así las dos semanas siguientes. Nunca encontraba aparcamiento y para una persona que nunca en casi 25 años había tenido problemas aparcando, que en general, nunca ha tenido problemas, eso era muy frustrante. El barrio se estaba poniendo imposible, zonas azules, zonas verdes, de carga y descarga, aparcamiento solo para motos, vados, reservado para minusválidos, pivotes verdes que impiden aparcar. Desesperante.

Así que decidieron alquilar una plaza en el parking subterráneo que habían inaugurado el año anterior a cinco minutos de su casa. Encontraron alquiler enseguida, además en un sitio privilegiado, con dos columnas al lado que impedían que cualquier otro coche aparcara a su lado pero lo suficientemente lejos para que aún abriendo las puertas al máximo no diesen en ellas. Y el precio, inmejorable. Bueno, solo digamos que para mejorarlo lo único que podía pasar es que le pagasen a él por aparcar allí. Y eso siendo Hugo Forner era una posibilidad que nunca se podía descartar.

Para él, haber encontrado ese parking era una bendición. Salía de la peor época de su vida. Como nunca antes había estado en una situación tan desfavorable, retornar a su rutina de siempre podía equipararse a estar en el paraíso.

Todo siguió como siempre, vida inmejorable, familia, trabajo y amigos perfectos y además siempre aparcaba nada más llegar del instituto. Y así durante un mes, hasta que un día al llegar a su casa, apunto de introducir el coche en el gran subterráneo con la P gigante en un cartel al lado, y el coche en la rampa, Hugo fue a abrir la puerta y comprobó que el pequeño mando a distancia no funcionaba. Apretó con más fuerza el botón de abrir la puerta, como si eso fuese a recargar las pilas, pero no funcionó. Así que puso el freno de mano, salió del coche y fue a abrirla manualmente.

En casa, Ariadna esperaba atareada intentando ayudar a Laura con los deberes. Tan enfrascadas estaban las dos con las sumas de dos cifras que no se dieron cuenta que Hugo llegaba tarde, de hecho llegaba muy tarde, eran las 20:25h y en la calle había más jaleo de lo normal a esas horas.

En medio de la suma $23+16$ sonó el timbre de la puerta y Ariadna fue a abrir convencida de que Hugo se había olvidado las llaves. Abrió, pero no encontró a Hugo, en su lugar había a un policía preguntando por la señora de la casa. Ariadna le dijo que era ella y le hizo pasar. El policía, que en un principio iba a rechazar el ofrecimiento, pasó a darle la mala noticia.

Hugo era una de las pocas personas en el mundo que habían conseguido algo increíble. Se había atropellado a si mismo. Al bajar del auto no había puesto el freno de mano correctamente y cuando se puso a abrir la puerta del garaje manualmente, este se bajó y el coche empezó a rodar hacia abajo. Una pena.

Hugo Forner siempre sería recordado, por ser buen padre, hijo, marido, hermano y amigo. También lo recordarían, como no, por su buena suerte. Pero sin duda alguna, mucha gente, sobretodo los dueños de los demás coches del garaje, lo recordarían por la gran mancha marronácea que nunca se terminó de ir de la puerta del Parking.

Él, el día del fatal suceso, apenas tuvo unos segundos antes de que el coche le aplastase contra la puerta del Parking, en pensar que a lo mejor eso de morir y no encontrar aparcamiento les puede pasar a todo el mundo.